

¿Te has venido a Alemania, Pepe?

RELATOS DE NUEVOS INMIGRANTES ESPAÑOLES

COORDINADORES: RALF JUNKERJÜRGEN, JULIA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ,
TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ, HUBERT PÖPPEL



COLECCIÓN: MÁQUINA DE LAS PALABRAS

¿Te has venido a Alemania, Pepe?

RELATOS DE NUEVOS INMIGRANTES ESPAÑOLES

COORDINADORES: RALF JUNKERJÜRGEN, JULIA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ,
TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ, HUBERT PÖPPEL

COLECCIÓN: MÁQUINA DE LAS PALABRAS

¿Te has venido a Alemania, Pepe?

RELATOS DE NUEVOS INMIGRANTES ESPAÑOLES

COORDINADORES: RALF JUNKERJÜRGEN, JULIA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ,
TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ, HUBERT PÖPPEL

ILUSTRACIONES: RITA RUIZ

EVA ESCRIBANO • MANUEL CARRASCO BARRIOS • MIGUEL RUIZ MORA • VICTORIA CONDE LATORRE
SALVADOR BALLESTER MAROTO • NYKO • ALBA GALIANO FERNÁNDEZ • JUAN LUIS GARCÍA CABELLO
ELENA GARCÍA FUENTE • RAFAEL GONZÁLEZ GARCÍA DE COSÍO • ALICIA LOMBARDO PÉREZ
ZULEMA MARÍN GARCÍA • ALEIX MAZARRO ASENSIO • MARÍA CASTRO • ROCÍO DE LA CRUZ GARCÍA
JOSÉ RAMÓN GÓMEZ DÍAZ-RULLO • JAVIER LÓPEZ VIVAS • ELVIRA MATEOS • JULIA SÁNCHEZ
MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ PULIDO • LEONARDO ÁLVAREZ ÁLVAREZ • PILAR GARCÍA • ÁNGEL MATILLA
ANTONIO FRANCISCO RANDO CASERMEIRO • NANI BORONAT • JOSEF GEIGL MARQUÉS
ABRAHAM GONZÁLEZ GARCÍA • J. ANTONIO TORMO BENEYTO • BÁRBARA GONZÁLEZ CARVAJAL
MONTserrat SANS RUIZ • BELÉN SANZ • LUIS J. SERRANO • FERNANDO JOSÉ PALACIOS LEÓN

COLECCIÓN: MÁQUINA DE LAS PALABRAS

Título: *¿Te has venido a Alemania, Pepe? Relatos de nuevos inmigrantes españoles*

Coordinación e introducción: RALF JUNKERJÜRGEN, JULIA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ, HUBERT PÖPPEL

Autores: EVA ESCRIBANO, MANUEL CARRASCO BARRIOS, MIGUEL RUIZ MORA, VICTORIA CONDE LATORRE, SALVADOR BALLESTER MAROTO, NYKO, ALBA GALIANO FERNÁNDEZ, JUAN LUIS GARCÍA CABELLO, ELENA GARCÍA FUENTE, RAFAEL GONZÁLEZ GARCÍA DE COSÍO, ALICIA LOMBARDO PÉREZ, ZULEMA MARÍN GARCÍA, ALEIX MAZARRO ASENSIO, MARÍA CASTRO, ROCÍO DE LA CRUZ GARCÍA, JOSÉ RAMÓN GÓMEZ DÍAZ-RULLO, JAVIER LÓPEZ VIVAS, ELVIRA MATEOS, JULIA SÁNCHEZ, MARÍA JOSÉ SÁNCHEZ PULIDO, LEONARDO ÁLVAREZ ÁLVAREZ, PILAR GARCÍA, ÁNGEL MATILLA, ANTONIO FRANCISCO RANDO CASERMEIRO, NANI BORONAT, JOSEF GEIGL MARQUÉS, ABRAHAM GONZÁLEZ GARCÍA, J. ANTONIO TORMO BENEYTO, BÁRBARA GONZÁLEZ CARVAJAL, MONTSERRAT SANS RUIZ, BELÉN SANZ, LUIS J. SERRANO, FERNANDO JOSÉ PALACIOS LEÓN

Ilustraciones: RITA RUIZ

Dirección editorial de la colección: MIGUEL ÁNGEL ÁLVAREZ ARECES

Primera edición: Octubre 2015

Edición, gestión editorial y distribución: CICEES, Centro de Iniciativas Culturales.
Calle la Muralla, 3 – entresuelo, 33202,
Gijón (Asturias), España
(0034) 985 319 385
ciceeseditorial@gmail.com
www.revista-abaco.es

En cooperación con el
Centro de Estudios Hispánicos
de la Universität Regensburg

© Copyright: Autores y editor

Impresión: Graphycems
Maquetación: David Busto Méndez

ISBN: 978-84-943556-5-3
Depósito legal: 03089-2015

Impreso en España

Todos los derechos reservados, no se permite la reproducción parcial o total del libro

Índice

Introducción	7
Ningún comienzo es fácil	
Silencio obligado Eva Escribano	15
Elegí ser emigrante Manuel Carrasco Barrios	25
Crónica de una inmigración anunciada. Miguel Ruiz Mora	29
<i>Bewerbung</i> en Alemania Victoria Conde Latorre	35
Entre <i>minijobs</i> y paro en Alemania Salvador Ballester Maroto	41
Las desventuras de un padre inmigrante NYKO	47
Experiencias de una <i>au pair</i> Alba Galiano Fernández	57
El viaje indebido Juan Luis García Cabello	61
Un tándem no es una bicicleta Elena García Fuente	75
En el país del orden. Rafael González García de Cosío	81
Las desventuras de una madre inmigrante. Alicia Lombardo Pérez	87
De la <i>Dolce vita italiana</i> a la <i>Süßes bayerisches Leben</i> Zulema Marín García	95
Tres salidas: tierra, mar y aire Aleix Mazarro Asensio	101
Entre dos culturas	
Berlin loves you. María Castro	115
A la espera del próximo tren Rocío de la Cruz García	117
42 años, uno setenta y cinco de altura, antaño cabello negro, dos o tres kilos (o cuatro) de sobrepeso, en Alemania desde septiembre de 2010 José Ramón Gómez Díaz-Rullo	123

Las peripecias de un periodista español en Alemania133
Javier López Vivas	
Alemania: pros y contras149
Elvira Mateos	
Historia de una multa153
Julia Sánchez	
Mirar sí, tocar no. Los chicos alemanes157
María José Sánchez Pulido	
Investigar y enseñar en Alemania. Experiencias de un jurista.165
Leonardo Álvarez Álvarez	
Hacia Alemania en cuatro pasos.173
Pilar García	
Una identidad en tres actos179
Ángel Matilla	
De <i>Bittes</i> , papeles, cerveza y bicicletas187
Antonio Francisco Rando Casermeiro	
Und warum Deutschland?.197
Nani Boronat	
Regreso de un bávaro español a Alemania207
Josef Geigl Marqués	
Berlín, Bielefeld, Bamberg217
Abraham González García	
Ser aceptado tal y como soy229
J. Antonio Tormo Beneyto	
Once años entre Jena y Múnich. Recuerdos de una bióloga235
Bárbara González Carvajal	
Estudiar y trabajar en Alemania... con un hijo241
Montserrat Sans Ruiz	
En Baden-Württemberg son capaces de todo menos de hablar <i>hochdeutsch</i>251
Belén Sanz	
Hay que cultivar el jardín. Un horticultor español en Alemania257
Luis J. Serrano	
Epílogo	
Los textos de un traidor267
Fernando José Palacios León	
Glosario de palabras alemanas273

Introducción

En la famosa película de Pedro Lazaga en la que está inspirado el título de esta antología, Alfredo Landa interpreta a un humilde campesino que deja su pueblo en Aragón con la intención de ganar mucho dinero en Múnich y volver pronto a España para comprarse otra vaca y una ordeñadora. La crisis económica que comenzó en el 2008 parece repetir ese capítulo de la historia, aunque con una diferencia notable: la migración actual toca a una generación muy distinta de la que se marchó en los 60. Se trata, en muchos casos, de personas altamente formadas, con mayor conocimiento de idiomas que ninguna generación anterior y que provienen generalmente de un nivel cultural medio, con un perfil más internacional y más europeo.

La presente colección nació de una investigación sobre dicha generación llevada a cabo por la universidad y el municipio de Ratisbona en Baviera, para indagar en el grado de satisfacción que tenían los nuevos inmigrantes españoles en las empresas y la vida alemanas. Las entrevistas que se hicieron en el marco del proyecto querían perfilar la “Willkommenskultur” (cultura de acogida) en Alemania, pero pronto se echaron en falta la parte personal, el marco biográfico y el interés que pueden suscitar las observaciones subjetivas. Para remediarlo, se celebró en el 2014 un concurso literario dirigido a todos los españoles residentes en Alemania, en el que se les invitaba a reflexionar sobre su situación y a contar la historia personal de su experiencia migratoria. Los textos aquí reunidos representan una antología de las numerosas contribuciones que recibimos. Cada uno de ellos ofrece, en nuestra opinión, algo distinto, curioso y original, y en su conjunto dibujan un panorama de los aspectos de un fenómeno tan polifacético como es la migración.

Los relatos de la primera parte se centran en las experiencias y los sentimientos del primer periodo después de la llegada a Alemania. Cuentan cómo el idioma extranjero te puede forzar a mantener un silencio obligado (Escribano) y cuánta es la frustración al descubrir que el alemán aprendido en las escuelas apenas te prepara para entender los dialectos en el sur del país. Si el nuevo entorno constituye para todos de algún modo un punto cero biográfico, algunos tienen vivencias mucho más negativas que otros. Eso depende de una serie de factores, como pueden ser la edad, la situación familiar, el tipo de formación y las razones de la migración. Si desde la perspectiva de una joven *au pair* todo puede considerarse una aventura (Galiano Fernández; Sánchez Pulido), los padres de familia en paro sufren mucho al arrancar a sus hijos de su entorno conocido, a lo que se le pueden sumar problemas de pareja (NYKO; Lombardo Pérez). Mientras un ingeniero puede aterrizar en Alemania y mantener o incluso mejorar su estatus social, los que tienen formaciones menos demandadas por el mercado laboral a veces se sienten obligados a empezar de cero con una nueva profesión. Muchos se ven forzados a emigrar por encontrarse en paro, otros se van por amor o una serie de casualidades sin pasar por momentos de desesperación.

La segunda parte de la antología recoge textos que describen la ambigüedad existencial en la que vive cada inmigrante, la de moverse entre dos culturas y, concretamente, en el caso de los españoles en Alemania, la de quejarse de un alto grado de organización burocrática pero apreciar al mismo tiempo sus ventajas, la de sentirse ajeno, pero disfrutar, sin embargo, del interés que eso puede suscitar, la de sentirse solo, pero estar dispuesto a encontrar nuevos compañeros, y la de comprobar que los tópicos no siempre se corresponden con la realidad, sobre todo cuando uno se da cuenta de que hay un proceso de homogeneización europea en las costumbres, que consiste en un lento aprendizaje mutuo entre la Europa del norte y la del sur. En el caso de Alemania, se nota mucho el cambio que se ha producido en los últimos veinte años si se piensa en la desconfianza general hacia los foráneos que existía todavía en los años 90. Por eso hemos introducido también algunos

ejemplos de migraciones anteriores a la crisis económica actual (Geigl; Sans Ruiz; González Carvajal).

En su conjunto, los relatos demuestran que la migración no va en un único sentido, sino que es un intercambio entre las dos sociedades afectadas. En Alemania se ha aumentado considerablemente el número de españoles en los últimos años, alcanzando, según el registro central de inmigrantes, casi los 150 000 a finales de 2014. Esos no solo forman parte de la sociedad alemana, sino que también la transforman, sin importar si se quedan apenas unos años o toda la vida. Es por eso que uno puede preguntarse si son inmigrantes o más bien “colonos” (Boronat).

En este sentido, la nueva migración causada por la crisis económica acelera un proceso que está en el corazón mismo de la Unión Europea: una Europa común con un mercado laboral de libre movilidad y la necesidad de que cada ciudadano domine al menos dos idiomas extranjeros. La mayoría de los nuevos inmigrantes son prototipos de estos procesos, jóvenes con estudios avanzados, preparados para aprender con una cierta facilidad una nueva lengua y para adaptarse rápidamente a un nuevo entorno. El futuro dirá si eso es solo la expresión de las exigencias de un mercado laboral marcado por el neoliberalismo o también un paso importante hacia el desarrollo y la convivencia multicultural de todo un continente.

El alto nivel reflexivo y lingüístico de las contribuciones al concurso mismo demuestra esas características de la generación actual de inmigrantes. Por eso, la selección de los textos fue una ardua tarea, se habían entregado muchos más trabajos valiosos de los que son presentados aquí. Aparte del interés que tienen las observaciones y las circunstancias personales de cada participante, hay que subrayar también la originalidad formal de muchos relatos, que pueden abarcar décadas (García; Matilla), concentrarse en momentos intensos o ejemplares (Escribano; Sánchez) o bien tomar perspectivas sorprendentes (Ruiz Mora). Todo esto sin olvidar momentos de alegría y emoción, con muchos toques de humor e ironía.

Quisiéramos expresar nuestro agradecimiento a todos los que han participado en el concurso y lamentamos que muchos no puedan figurar en esta antología. Para llevar a cabo el proyecto hemos contado con el apoyo del Centro de Estudios Hispánicos de la Universidad de Ratisbona, dirigido por Jochen Mecke, y el de numerosas instituciones hispano-alemanas.

Si el libro presente consigue documentar un momento decisivo de la migración actual dentro de Europa y sensibilizar a los lectores sobre los problemas y los desafíos de ambas partes afectadas, de los inmigrantes y de la sociedad de acogida, entonces ya habrá cumplido su función. Si, además de eso, también puede contribuir a crear un lazo de unión entre españoles y alemanes, habrán valido la pena todos los esfuerzos realizados para que esta publicación vea la luz.

RALF JUNKERJÜRGEN
JULIA SÁNCHEZ RODRÍGUEZ
TRINIDAD BONACHERA ÁLVAREZ
HUBERT PÖPPEL

Septiembre 2015

Ningún comienzo es fácil



Regensburg

Silencio obligado

Eva Escribano

Se han saludado entre ellos a las puertas del bar con esa manera algo mecánica que tienen de saludarse. Como sabiendo y no lo que tienen que hacer, lo que se espera de ellos en cada momento, con palmaditas en los hombros, como midiendo la efusividad. “No nos vemos desde hace meses”, explica Christian, el Buen Alemán, mientras entramos, y a mí la explicación me vale y pienso que entonces saludarme a mí ha sido algo fácil para esta gente porque solo han tenido que extender la mano y, si acaso, medir la fuerza con la que me apretaban los nudillos. Simplificar los movimientos les sienta bien. Con Christian han tenido que elegir el ángulo de los brazos, el tiempo de palmeteo en el omoplato, la distancia entre caderas y la sonrisa de después. Conmigo ha sido simple y directo. Creo que hasta les he hecho un favor.

Son gente de provincias, amigos de Christian que surgieron en racimos en las soledades de la campiña bávara, ahora estudiantes de una ciudad provincial, Ratisbona. Con éstos no puede haber problema, pienso, porque parecen gente campechana y franca. Probablemente ni siquiera hayan entablado relación con una española de esta manera en meses, o incluso años, así que les resultará curiosa, hasta cierto punto atractiva. Naturalmente caeremos en las conversaciones sobre estereotipos nacionales que tanto salvan el pellejo durante los silencios en la mesa; pero no hay problema porque para eso estoy en Alemania, me recuerdo, para empaparme de su cultura y que ellos se empapen de la mía. En parte, claro.

La realidad es que he venido a Alemania porque no me quedó otra. No porque fuera mi deseo intrínseco el compartir espacio vital con alemanes o el aprender las *Wunderwerke*

del idioma. De hecho, el único alemán que me interesa en el mundo es Christian. Y la única española que le interesa en el mundo a Christian soy yo. Las otras circunstancias entran dentro de lo colateral. Eso es un hecho comprobado. Porque, en fin, no se explica de otra manera que alguien tan vaga como yo haya acabado con alguien tan diligente. O que alguien tanroso como él esté compartiendo plato con semejante bomba de extroversión. No, no se explica. Probablemente la abuela de Christian estuviera pensando en esos términos cuando, levantándose de la mecedora matriarcal, preguntó con el dedo en alto: “¿española? ¿Por qué española, a ver? ¿Por qué no alemana?”. Con toda seguridad ella sabe que no vine a Alemania porque me interesara la cultura alemana sino porque me interesaba un único hombre alemán, su nieto. Para ella yo debía ser el culmen de la globalización y entraba en casa para sembrar guerra. Luego se puso a regalarme calcetines y todos en paz.

Al sentarnos a la mesa, pierdo la voz durante un instante aunque con naturalidad. Christian, mi portavoz oficial para estos momentos de afonía, informa a la camarera de que una *Helles* me vendrá bien. Los colegas comienzan a charlar mientras tanto con el marcado acento bávaro de las tierras *Oberpfalz*.

“Los bávaros son los andaluces de Alemania”, me dijo la semana pasada un tinerfeño. “No hay quien les entienda cuando hablan, pero en el fondo son tan simpaticones que se les perdona”. Él también se vino al país porque no le quedó otra y también le perdonamos cosas. Desde que coincidimos en la academia nos dedicamos a profundizar en la creación de un idioma germañol propio que acepta variantes como el “ich proponiere dich”, “flipiere mit dir” y el “sich wie Suppe bleiben”¹ y que trae por la calle de la amargura a nuestra profesora Steffy, también de provincias.

“Sois de lo que no hay”, nos dice mientras borra la pizarra, al término de las clases. A mí me gustaría decirle que somos así porque no nos enteramos de la misa la mitad,

.....
¹ Algo así como: “yo te propongo”; “flipar contigo”; “quedarse sopa; dormirse”.

aunque no sea su culpa, y porque todavía estamos esencialmente acojonados de haber entrado en Alemania y no ver el momento de salir de ella. Nos hallamos en pleno caldo de cultivo del llamado choque cultural (aunque tenga algo más de rozadura, para ser exactos). Pero siempre me callo. Los españoles gozamos de un *statu quo* especial dentro de la academia y trabajamos por mantenerlo: estamos llegando en bandadas, como albatros migratorios, haciéndonos los graciosillos en las aulas, mutilando el idioma con nuestros “furr dish”, nuestros “aus Espanien” y la repetición absurda del “aber natürlich!”², que parece ser lo único que decimos bien del vocabulario. Por supuesto, debemos ser en términos porcentuales la casta nacional que más dinero ingresa en la academia. Quizás sea esa la única razón por la que Steffy todavía nos sigue sonriendo al tinerfeño y a mí, porque le ayudamos muchísimo con la *Miete* de Múnich.

La *Erdinger* espumosa concentra mi atención durante los siguientes minutos y los provincianos siguen hablando en este bar de Ratisbona. De vez en cuando Christian me dirige la mirada de “¿te estás enterando de algo?”, para asegurarse, y yo respondo con un parpadeo de ojos más largo de lo normal.

“No pasa nada”, le comunico por telepatía, “habláis de pena, como en ladridos blandos, pero de momento no me molesta. Es natural”. Ya me viene pasando a veces que los alemanes necesitan romper una especie de película invisible que los separa de mí tras el primer contacto. Esto lleva su tiempo. Es como si tardaran en darse cuenta de que la mujer que acaba de llegar al grupo lo ha hecho para quedarse, durante las siguientes horas, sin solución y aunque no hable el idioma. Se produce entonces un momento de epifanía y entre curiosidad y verdadera devoción por el protocolo, se giran hacia mí, cambian al inglés y comenzamos a hablar. Conocer y aceptar este *modus operandi* es llegar hasta el cogollo de los misterios de la sociabilidad alemana. Hay muchos compatriotas que no lo entienden o que no saben esperar. Suelen

.....
² “Furr dish”, en vez de “für dich” – “para ti”; “aus Espanien” – “de España”; “aber natürlich” (alemán correcto) – “por supuesto”.

ser los que a veces se olvidan de que un alemán tiene derecho a hablar alemán, por residir esencialmente en Alemania.

Hoy, sin embargo, los compatriotas podrían señalarme con el dedo, sacarme la lengua y decirme “ya te lo avisamos. Desde el principio”. Porque los minutos pasan, la *Erdinger* se va vaciando en mi boca. La música del bar comienza a parecerse a los hilos musicales de la *Bayern-3*, con los eternos hits de los noventa por los que no pasan los años. Y por allí no aparece el inglés.

Carraspeo, me remuevo inquieta en el asiento. ¿Cómo puede ser posible que todavía yo no haya pronunciado palabra? Intento atender a lo que se dice y formar frases en la cabeza: “Ich denke, dass...”³, pero por algún motivo no puedo continuarlas o llegan demasiado tarde. Al poco ya estoy lanzando miradas acusadoras a Christian quien, para entonces, está muy lejos de mí, aunque esté sentado a menos de un metro de distancia. Miro un reloj de pared y compruebo que llevo sin decir nada exactamente treinta y cinco minutos. La situación no parece que vaya a cambiar. Así que es factible afirmar que me estoy quedando muda.

La última vez que perdí la voz, aunque de forma menos total, a nadie de mi entorno le importó lo más mínimo. Ocurrió nada más poner mis pies en Múnich. En aquella ocasión, Christian no acudió en mi ayuda porque estaba en Ingolstadt y el único testigo del suceso seguramente no se acuerde ya de mí.

Yo lo recuerdo bávaro, pero los años en la capital habían limado su acento. Se sentaba tras la mesa de secretaría de la Academia de Bellas Artes, controlando las admisiones e incidencias. Nada más poner un pie allí, acalorada, supe que aquel hombre había entablado conversación con muchos estudiantes de Erasmus y, a la vez, probablemente con ninguno. Tenía ese aire arcaico de roedor bibliotecario, de quien no pisa la calle a menos que sea estrictamente necesario.

Tras saludarle en alemán, adopté mi mueca de disculpas, y pregunté: “Do you speak English? I just came to order a library card and...”

.....

³ “Creo que...”, “supongo que...”.

Otra nota para el decálogo del español en Alemania: si un alemán te interrumpe sin haber terminado tu frase, sabes que por fuerza se cuece algo gordo entre ambos. Aquel hombre enjuto me interrumpió, detrás de las gafas: “Sie sind in Deutschland”.

Comenzaba la prueba de fuego, el choque lingüístico.

“Ja, klar... Ich weiß, aber...”

“Dann sollten Sie deutsch sprechen, oder? Meinen Sie nicht?”⁴

Su lógica era aplastante, desde luego. Es la clase de lógica que nos produce urticaria emocional precisamente por lo monolítica que es. No podemos luchar contra ella. Hacen falta, quizás, otros métodos. ¿Cuáles tenía yo, en aquel momento? Inspirar compasión, suponía, no demasiado digno para mí aunque eso mejor que nada, eso mejor que salir de la biblioteca sin tarjeta. Pero, ¿cómo enlazar mi vocabulario de recién llegada para pedir clemencia en la lengua de Goethe? Me molestaba sonar como una inmigrante más, me hartaba que me catalogaran como española inepta. Por aquel entonces, yo pensaba que gozaba de un status especial, un estatus basado exclusivamente en la figura del Buen Alemán, Christian. Pero una debe reconocer sus limitaciones cuando son evidentes.

“Sorry, I just came from abroad and...”, empecé otra vez.

“Versuchen Sie es”.

“Wie... bitte?”.

“Versuchen Sie, mit mir auf Deutsch zu reden”.

“Bitte? Nochmal... Wiederholen? Ja?”⁵

La estrategia de hacerse la sueca había funcionado a otros compatriotas. En la mayoría de los casos, los administrativos ponían los ojos en blanco y cambiaban al inglés, para ahorrarse tiempo y paciencia. Tampoco era digno. Pero funcionaba.

.....
⁴ “Usted está en Alemania”; “Claro que sí... Yo sé, pero...”; “Entonces debería de hablar alemán. ¿No cree usted?”

⁵ “Inténtelo”; “¿Cómo? ¿Por favor?”; “Intente hablar conmigo en alemán”; “¿Cómo? ¿Otra vez... repetir? ¿Sí?”

“Auf... Deutsch... zu reden! Mit mir! Verstehen Sie?”, este hombre era todo aguante y todo recochineo, a la vez.

“Ich... kann das, es, nein, das nicht...”

“Warum?”

“Weil ich bin neu in die, der... die Estadt. Meine Deutsch ist... nicht gut”.

“Doch, doch! Versuchen Sie es!”⁶

Dentro de mi cabeza todo estaba muy claro: “Usted tiene más razón que un santo, pero por favor, no me toree y sea bueno conmigo. El karma se lo agradecerá. Llevo en Múnich una semana y la ciudad late demasiado deprisa. Tengo que adaptarme a marchas forzadas a ella y no me lo esperaba. Pensaba que todo iba a ser coser y cantar. Mire, necesito una tarjeta de visitante para consultar los fondos de la biblioteca porque tengo unas prácticas en un museo aburridísimo que da pena visitarlo. Esto tampoco me lo esperaba. De hecho, me drena la energía. ¿No lo entiende? Cuanto antes me ayude, antes desapareceré por la puerta”.

Pero al final, mi discurso sonó parecido a esto:

“Ich brauche eine Karte, eine Estudenten Karte... Aber ich bin nicht eine Estudentin, ja? Weil ich arbeite in, im, Bayerisches Nationalmuseum... Und ich brauche eine Karte. Besuchen-Karte denn. Für die Bücher, für lesen. Ja. Bitte”.⁷

Entre el secretario y yo cayó una pelota de silencio que acabó a sus pies. Aquel hombre le dio una patada mientras sonreía y alargaba la mano hacia uno de los formularios.

“Sehen Sie? Es war nicht so schwer, oder? Sie können perfekt Deutsch!”⁸

.....

⁶ “Hablar... conmigo... en alemán. ¿Entiende?”; “Yo... lo puedo, esto, no, esto no...”; ¿Por qué?; “Porque yo nuevo estoy en la, el... la ciutat. Mía alemán es... no bueno”; “¡Sí, sí, inténtelo!”

⁷ “Yo necesito una tarjeta, una tarjeta studentil... Pero yo una studianta no soy, ¿sí? Porque yo trabajo en el, en la Museo Nacional Bávaro... Y yo necesito una tarjeta. Tarjeta visitante pues. Para los libros, para leer. Sí. Por favor”.

⁸ “Ve usted. Tampoco era tan difícil. Usted maneja perfectamente el alemán”.

Sonreí por hacer algo mundano. En realidad, tenía ganas de alumbrarlo con una pequeña muestra de temperamento. Su petición había sido lógica, por encima de cualquier compasión. Así que, en silencio, obtuve la tarjeta y me marché de allí.

Sentada en el bar y quedándome muda, me acuerdo de aquel bibliotecario que no admitía afonías o cambios en el idioma. Aquella sería una buena anécdota que compartir con estos bávaros ahora mismo. “No os iréis a creer lo que me pasó durante mi primera semana en Múnich... Aquello fue humillante de verdad”, y otros tantos órdenes a la comunicación, podría irlos enumerando, incluso con los panaderos turcos y griegos. Pero tampoco sé cómo empezar esa frase o cómo interrumpir. Yo, que solía dirigir las conversaciones hacia un derrotero u otro en mi tierra natal. Si me vieran ahora los que se quejaban de que yo hablaba demasiado, no cabrían en sí de gozo.

La tranquilidad con la que me ignoran los bávaros comienza a embargarme a mí, poco a poco. No es claudicar, es aceptar la situación, me recuerdo. Otra de las ventajas de ser inmigrante, que todo es injusto y muy justo a la vez. Podemos aceptar tranquilamente que hemos dejado de ser quien somos, aunque sea en una parte mínima, al atravesar la frontera. Los alemanes no tienen por qué saberlo.

Y es esta tranquilidad que reina la que me lleva a recostarme al final en la silla, disfrutar de los últimos tragos de la *Erdinger* en silencio y concentrarme en mi proceso de desaparición. Porque ahora estoy desapareciendo y volviéndome invisible. De hecho, es como si mi piel hubiera perdido la consistencia de mis veintidós años y se volviera translúcida. En este momento exacto sé que no existe una razón que me impida esfumarme de este bar, dejando tras de mí un epitafio etéreo que diga: “Aquí se esfumó una inmigrante española más. Se sintió en Alemania como en casa, pero a veces, fuera de ella. Esta dualidad la mantuvo con vida. Sobrevivió como pudo, se sacó las castañas, intentó aprender el idioma de Goethe, hizo concesiones y cambió de personalidad. Se desvaneció en Ratisbona una noche cualquiera, tras una hora y quince minutos sin pronunciar palabra”.

No siempre fue así. Aunque yo haya tenido la ligera sensación de que un alemán se tiene que regular las gafas para conocerme realmente, desde el principio también tuve la sensación de que a mí se me veía más de lo normal. Que yo destacaba contra el plomizo cielo de marzo y los horizontes de las calles. Pero, sobre todo, al lado de los semáforos. Es allí entonces donde el inmigrante español se deja ver en todo su esplendor y adquiere un protagonismo absoluto durante segundos.

Por ejemplo, eran las doce del mediodía de un día entre semana en la ciudad de Ingolstadt. El Buen Alemán estaba en clase y parecía que la ciudad entera estuviera también en clase porque el centro permanecía desierto. Excepto en las inmediaciones del parque de Klenze, donde una turba esperaba a ambos lados de la avenida *Schloßlande* a que el semáforo se pusiera en verde. Recuerdo que pensé “en la vida he visto un semáforo tan lento”. Los números digitales cambiaban con la velocidad de una oruga arrastrándose. Y también pensé en los segundos de mi existencia vital que se iban descontando mientras yo y los otros esperábamos.

Me cercioré de que no hubiera niños en las inmediaciones. Porque una cosa es aprovechar los segundos de vida que se tienen y otra muy diferente, dar mal ejemplo. Y crucé como se cruzan las avenidas desiertas en España, con ese paso afable y carente de toda maldad. Resulta que tres años más tarde comprobé que, en las calles de Tokio, los japoneses también esperaban a que el semáforo diera su consentimiento verde para cruzar. Sin embargo, me seguían de buena gana y rompíamos el protocolo nipón en grupo, como si pensarán “bueno, ya, total... Por uno más que lo rompa... El orden establecido va a continuar su curso de cualquier manera”. Pero en Ingolstadt no. La mímica estuvo fuera de lugar.

A mí solo me siguieron las miradas de aquellas personas ancladas en su sitio, estáticas. Pensé, miradme, soy una pionera, con algo de vergüenza también, porque en aquella avenida no había nada para ver, excepto mi indiferencia hacia las normas. Así que yo era tremendamente visible para todos en aquel momento. Un recordatorio visual de los descaros del inmigrante. Porque me parecía escuchar sus pensamientos a ambos lados del asfalto: “esa no es de aquí, segu-

ro”, o “mírala, por la desfachatez, debe ser mediterránea”, o incluso “¿por qué no habré nacido yo en un país con semáforos más rápidos?” Es muy fácil escuchar los pensamientos de la comunidad alemana cuando se cruza en rojo una de las avenidas centrales de Ingolstadt.

Todavía recuerdo el sonido de mis pasos al avanzar. La sensación de que aquello no acababa nunca. Y el alivio que sentí cuando finalmente tomé el puente hacia el parque, perdiéndolos de vista.

Sentada e invisible a la mesa, pienso ahora que debería haber firmado un contrato mental conmigo misma al coger el avión. Mi humillación y soledad dolerían bastante menos, me parece. Debería haberlo firmado en contra de la idealización, que es la faceta que siempre me mata *a posteriori*, vaya a donde vaya, cuando la realidad no surge como la esperaba. Luego podría haber ido añadiendo diferentes cláusulas al contrato, de acuerdo a mis circunstancias personales. Así, pienso, aunque siguiera siendo invisible para los bávaros, sería consecuente conmigo misma. Podría crear una definición intransferible del inmigrante en los tiempos que corren.

En la práctica, sin embargo, sé que esto nunca me funcionará. Y es que la idealización es parte intrínseca de mi realidad como inmigrante en Alemania. Si me pongo a limar esta palabra, entonces nunca estaré en paz conmigo misma. Entonces desapareceré sin solución incluso delante de mis ojos.

Por idealización no me refiero al embellecimiento irracional del país o de la idiosincrasia de su cultura, sino a la abstracción continua que supone, para el inmigrante, tener un ideal. Sea del tipo que sea. El ideal de mejorar, el ideal de volver, el ideal de ganar más dinero, el de aprender el idioma, el de huir, el de no acabar relaciones, el de empezarlas, el de aceptar la distancia, el de ser más feliz, el de sufrir un poco menos, el de no perder las raíces, el de levantarse en otras latitudes, el de demostrar que puede hacerse... En definitiva, el ideal de seguir avanzando a un ritmo que solo podemos definir nosotros.

Esa dimensión nos pertenece. Somos los únicos responsables de ella. En otro tiempo, en otras circunstancias,

nuestra vida pudiera haber sido totalmente diferente. Pero hemos acabado en Alemania y es en este hecho donde tenemos que proyectar toda la fuerza de nuestros ideales. Incluso si estos cambian cada día y no son tan estáticos como los peatones alemanes. De hecho, probablemente no lo sean. No nos queda otra porque eso es lo que nos define.

A veces olvido todo esto y a veces vuelve a mí con fuerza demoledora. Todavía queda esperanza, me digo con una sonrisa. Miro mi vaso vacío y recuerdo aquella vez en que pensé que el término *Radler* designaba una marca de cerveza de la zona, junto a las *Augustiner*, las *Erdinger* y *Paulaner*. *Radler*, claro. La confusión me dejó bebiendo aquella vez una cerveza con demasiado limón que me sabía a rayos. Nunca volveré a cometer ese error.

“Ich hätte gerne ein Helles, bitte”⁹, le pido a la camarera cuando la veo aproximarse. Mi voz suena extraña, después de tanto tiempo sin usarse. Mis manos ya no son transparentes, constato al instante, sino morenas.

Christian se gira entonces. Su mirada parece no reconocerme. “Ah, ¡pero si estás aquí! ¿Dónde te habías metido?”, pregunta.

.....

⁹ “Una cerveza rubia [aquí de trigo], por favor”.